

La Tortuga

1

Estaba tumbado en la terraza de un hostel en México Capital, fumando un porro. Hace dos meses también había estado aquí. Justo aquí – en la misma hamaca azul bajo una cuerda de plástico – fumando un porro. Se había sentido libre. Había entregado su tesina – “Controlling en empresas de Internet” – liquidado su habitación en el piso compartido en Mannheim, guardado sus libros en el sótano de sus padres. Dos meses de mochileo por delante. Dos meses para tomar tequilas en chiringuitos en la playa, para besuquear a chicas morenas bajo el sol mexicano. Se había imaginado largos trayectos en autobús, viendo pasar el paisaje, los campesinos cosechando el maíz, las cimas nevadas. Sus pensamientos se habían perdido en los infinitos campos de hierba. A lo mejor haría una excursión por las montañas o a la selva. ¿Quién sabía? Tampoco importaba. Dejarse llevar – eso era lo importante. Sin compromisos, sin estrés, sin citas.

Sopló el dulzón humo hacía el cielo despejado y nunca azul sobre la metrópoli de más de veinte millones. El viaje había acabado. Su mochila estaba lista en la habitación. Solo este porro – y luego al aeropuerto. Después de una breve escala en Nueva York, mañana aterrizará en Düsseldorf. Allí le esperará su padre. Comer con sus padres en Wattenscheid, ducharse, deshacer la mochila, dormir. Ahí acabaron sus planes. Luego tendrá que encontrar un trabajo. En cualquier parte de Alemania. En cualquier sitio menos en Wattenscheid. O Mannheim. ¿Encontrará trabajo? ¡Por Dios! Ya empezaron los compromisos, el estrés, las citas. El futuro. ¿No lo escribí ya Tucholsky? Alemania alargaba sus brazos... Una última calada. La ceniza ya quemó sus dedos. No había remedio: tenía que irse. En su billete ponía Septiembre, 10, 2001. Y era hoy.

Iba corriendo por un paso subterráneo infinito. Empujaba a otros pasajeros, tropezaba con un desamparado borracho, resbalaba en un charco de orina. En el último momento recuperaba el equilibrio y seguía corriendo. Una anciana bloqueaba el torniquete. Su pelo parecía nieve, su piel más seca y dura que el caparazón de una tortuga. Pero sus ojos eran jóvenes y espabilados, de un azul oscuro. Andaba coqueaba, paso a paso, apoyándose en un bastón de madera. La empujaba a un lado. ¡No tenía tiempo! Tenía que ir a la embajada. Dentro de tres horas salía su avión – y no tenía billete de avión, ni pasaporte, ni dinero. Se lo había robado uno de esos cabrones del hostel. Probablemente el americano de la litera de abajo. El que había estado roncando toda la noche. Ahora estaría en el mercado – vendiendo su pasaporte. ¡Qué cabrón!

Un último transbordo. Quedaban 90 minutos hasta la salida. En la embajada todo funcionó sorprendentemente rápido. Y no tuvo que sobornar a nadie. ¡Menos mal! – no hubiera podido pagarlo. ¡Americano de mierda!. Tenía el pasaporte duplicado, el nuevo billete se lo expedirían en el aeropuerto. Sus padres habían aterrorizado al personal de Lufthansa en Düsseldorf hasta que lo imposible había sido posible. El metro paró. Todos empujaron hacia las puertas. ¡Maldita mochila! Una vez en el andén se echó a correr. Ya sólo quedaban 85 minutos. La mochila chocaba contra su columna vertebral. El torniquete. Y otra vez una anciana de pelo blanco, de piel de tortuga. ¿Cuántas de estas ancianas existían? ¿Y porqué bloqueaban todos los torniquetes en esta ciudad de mierda? La miró. La anciana le devolvió la mirada. Con ojos de un azul clarísimo. Volvió la cabeza despacio; se empujó con su bastón de madera y dio un paso más.

Tenía la cabeza como un bombo. Había dormido mal. Una y otra vez se había despertado sobresaltado. Había soñado que el americano intentaba robarle el pasaporte. Con los dedos empapados de sudor agarró bajo su almohada. Ahí estaban su pasaporte y su billete de avión duplicados. En la litera de abajo la suya no estaba el americano, dormía un holandés. El holandés no roncaba. Después de ducharse – la última vez en este continente, pensó – bajó a la sala. Solamente quería comprar un zumo de naranja para tomárselo tranquilamente en la terraza. No quería hablar, solo quería fumarse un último porro. Casi se echó a reír. Ayer había llorado cuando la azafata le había dicho: “Puertas cerrada - vuelva mañana”. Entre las lágrimas había visto como salía su avión. Y desde la última ventanilla dos ojos azules que le miraban...

En la sala ganduleaban unos viajeros. Miraban la tele. Como cada día a cualquier hora en cada hostel en este mundo. ¿No había nada mejor que hacer en México? Echó un vistazo a la tele. Una pelí de acción: un rascacielos, un avión – ¡ridículo! Subió a la terraza, se tumbó en la hamaca azul bajo la cuerda de plástico y encendió un porro. El pasaporte y el billete estaban en el bolsillo de su pantalón. Mañana por la mañana su padre le estaría esperando en el aeropuerto de Düsseldorf. El humo subía hacía el cielo. Un cielo azul y mucho más claro que el de ayer. Casi como los ojos de la anciana. ¡Qué raro!, pensó. Igual debería dejar de fumar porros. Bueno. De momento no importaba. De momento se sentía muy tranquilo y estaba seguro: ¡nada imprevisto iba a surgir hoy!